

LICENCIATURA EN ADMINISTRACIÓN TURÍSTICA: EL EDIFICIO 17, 1995

Gloria Angélica Cardona Rodríguez¹

Personalmente, un inicio lleno de emoción, ilusión y orgullo. Me había preparado durante algunos años o tal vez, la mayor parte de mi vida, para llegar a la Universidad Autónoma de Aguascalientes y así tener un título que avalara el conocimiento adquirido y el tiempo transcurrido (resumido de manera burda). Infinidad de recuerdos vienen a mi mente al pensar en mi paso por nuestra máxima casa de estudios. Seleccioné uno (fue difícil), materializado en una fotografía tomada un día fresco y soleado.

La fotografía contiene elementos que invitan a observarla una y otra vez: un salón, una ventana, una banca (que todo el mundo quería ocupar), un reflejo, tres chicas y dos chicos vestidos para la ocasión (un evento especial). Sonrisas, miradas, actitud, expectativas. Yo estoy sentada en el medio de mis dos compañeros. Posa-

1 Licenciada en Administración Turística por la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

mos para la posteridad con la frescura e inocencia propias de nuestra edad, de los tiempos que vivíamos y de la soltura que poseíamos. Ni siquiera nos imaginábamos que tiempo más tarde (un futuro lejano), veríamos esta foto y otras más, con nostalgia, gusto, tristeza o cariño. Apenas se empezaban a tejer esas redes de amistad que afortunadamente continúan (gracias). Pavimentábamos los caminos que tomaríamos.

La memoria no me alcanza para recordar la identidad de la persona detrás de la lente. Aquella que accedió a retratarnos y que consideró válida esa ubicación y esa alineación (“sonrían”, “pásate de este lado”, “miren hacia acá”). Tampoco logro recordar cuántas fotografías tomamos, ni cuánto duró nuestro tiempo como modelos, pero estoy segura de que lo disfrutamos. De construcción similar a la de muchos otros e igual a tantos más, el Edificio 17 me parecía perfecto para nuestra carrera. Ubicado a la orilla (mejor consultar un mapa) del lado de “Segundo Anillo”, cerca de un estacionamiento. Me parecía tan familiar (aún lo es). Yo lo veía amplio, brillante, diferente. Creo que lo recorrí todo (tuve clases en todos sus salones). Confieso que, en algunas visitas al Campus Central a lo largo de los años, he pasado de nuevo por ahí y me he asomado a sus salones vacíos que se llenan de escenas que viví a lo largo de cinco años.

Este edificio se transformaba con el paso de las horas (supongo que no era el único); la fugaz dinámica matutina daba paso a las tardes de algarabía: de sus salones emanaban risas (carcajadas), gritos, música, movimiento de sillas, apertura de puertas o ventanas (infinitud de veces), preguntas, exámenes, pases de lista.

Llegabas (¿llegas?) a él por un camino de losas entre árboles, que me alegraba el día recorrer. Del lado derecho hay una gran área verde, el imprescindible pasto. ¡Qué gusto e interés teníamos en pasar tiempo en el cómodo (y a veces muy mojado) pasto! Recuerdo un día en particular en el que casi todo el grupo (más de cuarenta estudiantes) estaba ahí, conviviendo, organizando actividades, juegos, integrándose, conociéndose un poco, disfrutando de instantes irrepetibles.

Para mí el edificio 17 fue el lugar en el que obtuve conocimiento y herramientas para el campo laboral. Un espacio de convivencia sana, grata y auténtica junto a personas creativas, divertidas e ingeniosas, en el cual definitivamente pasé los mejores años de mi vida.



Fotografía propiedad de Gloria Angélica Cardona Rodríguez. Estudiantes de Administración Turística en el Edificio 17, Campus Central.

